

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 346.—LUNES 15 DE OCTUBRE DE 1855.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,
Ultramar y extranjero: Año 50.

REVISTA UNIVERSAL.

Noticias de actualidad. Segun recientes noticias, parece que la enfermedad que padece el rey de Cerdeña ha tomado un carácter bastante grave.

—Escriben de París con fecha 4, que la esposicion universal ha sido definitivamente prorogada hasta el 15 de noviembre.

—La *Independencia belga*, ha recibido desde Viena un despacho telegráfico, en el cual se la comunica que el Czar se habia ya puesto en camino para la Crimea desde Nicolaiéff.

—Segun las noticias mas recientes, sigue haciendo en la Crimea un tiempo bastante frio, y siempre cubierto. El estado sanitario de los ejércitos es muy satisfactorio.

—Constantinopla flotaba por decirlo así, en un mar de fuego, tal fué allí la iluminacion que durante tres noches tuvo lugar en celebracion de la toma de Sebastopol.

—El baron de Prokesch, tuvo con el emperador de los romanos, ademas de la audiencia oficial, una conferencia particular que duró mas de una hora.

—La sociedad del *Credit Mobilier*, anuncia que ha aplazado la espendicion de obligaciones.

—A 40,000 hombres asciende, segun escriben á la *Gaceta universal de Augsburgo*, la fuerza rusa que guarnece la parte norte de Sebastopol.

—El coronel inglés Windham, que tan heroicamente se distinguió en el ataque del Redan, ha sido nombrado gobernador de la Karabelnaia.

—El dia 26 de setiembre llegó á París el duque reinante de Sajonia-Coburgo-Gotha, habiendo sido visitado en el Hotel por el emperador Luis Napoleon.

—Continúan todavía muriendo en Marsella de la enfermedad reinante, segun noticias recientes, de 30 á 40 personas diariamente.

—La ciudad de Colmar, en la Alsacia, ha nombrado conciudadanos suyos al general Pelissier y al almirante Bruat, regalándolos á la vez dos espadas de honor.

—Se están haciendo en el hotel de Inválidos de París los preparativos para colocar las banderas y cañones cogidos en Sebastopol al lado de los de Austerlitz, Jena Wagram y Argel.

—El ayuntamiento de París ha dispuesto que el boulevard de Strasburgo tome de hoy en adelante el nombre de *Sebastopol*.

—Dice el *Moniteur* que van adelantando mucho en la cura

de sus heridas los generales Bosquet, Bourbaky, y Trochu, recibidas el dia 8 de setiembre.

—El cuerpo de los *Cien guardias* franceses recibirá para año nuevo un aumento compuesto de 400 granaderos de á caballo.

—Hállase ya de regreso en Francfort, de su viaje á París, el baron de Prokesch-Osten, presidente de la Confederacion Germánica.

—Con asistencia del general Pelissier ha sido cantado un solemne *Te Deum* en la iglesia principal de Sebastopol. A los ingleses se les habia señalado otra iglesia.

—El dia 26 de setiembre inspeccionó el emperador Alejandro, en compañía de los grandes duques Nicolás, Constantino y Miguel, las tropas, obras de fortificacion y astilleros de Nicolaiéff.

—A una familia rusa establecida en París escriben desde Moscow que el principe de Mentschikoff se habia metido monje en uno de los conventos de segunda capital del imperio ruso.

—Escriben de Dover que de un dia para otro debe embarcarse para Malta el primer regimiento suizo al servicio de Inglaterra, y de allí marchará á la Crimea.

—Ha sido espedido, con objeto de escitar el espíritu revolucionario de los franceses, un nuevo manifiesto firmado por



Asilo de párvulos de la señora de Baviera en Berlin.

Comprende este taller una fragua, una fundición de hierro, una máquina para aserrar tablas, y un grande local en que pueden ejecutar sus trabajos, los carpinteros, muellos, etc., á cuya disposición hay en el mismo todos los aparatos de mas reciente invención que pueden necesitar. Una máquina de vapor portátil hace posible que este mismo taller pueda ser establecido tambien en tierra firme. La fuerza de la máquina que pone en movimiento al buque, que conduce á su bordo todos los aparatos, sirvientes ect., es de 70 caballos solamente.

—En setiembre último principiaron las travesías directas desde Trieste á Constantinopla, con lo cual se consigue una aceleración extraordinaria, pues en lugar de los ocho dias que se tardaba hasta ahora, solo se necesitarán ya de tres á cuatro.

Obras públicas. En las costas de la Habana, entre Mosquito y Bichos, se están construyendo dos faros de hierro, cuyo importe ascenderá á unos 150,000 pesos.

—Por un decreto que publica el *Moniteur*, ha sido concedido al ministro del Interior francés un crédito de diez millones de francos para multiplicar en todos puntos del territorio los trabajos y obras públicas.

—Además de la admirable obra del corte del istmo de Suez, existe otro importante proyecto que tambien despierta la atención general de Europa, á saber: la apertura de un canal desde Rassoava á Kustendji para dar una dirección mas recta al Danubio, hacerle desembocar en territorio de Turquía y emancipar á la navegación por este rio de los obstáculos de Rusia.

Caminos de hierro. A principios de setiembre próximo pasado contaban las diferentes vias férreas del mundo el desarrollo siguiente:

	Kilómetros.
Estados-Unidos del Norte América . . .	34,640
Gran Bretaña	12,460
Alemania	8,712
Francia	4,500
América inglesa	2,200
Bélgica	2,000
Rusia	679
Cuba	578
España	462
Cerdeña	387
India	161
Egipto	144
Suecia	121
América del Sud	98
Panamá	96
Dinamarca	80
África	40

Telegrafos. El dia 25 de diciembre, dióse principio por el navio inglés *Beult* á la inmersión del cable que ha de establecer la comunicación electro-telegráfica entre la punta mas meridional de la Cerdeña y la Argelia. En la mañana del 26 estaba dicho buque conductor del cable, á 21 millas del punto de partida. Todo iba perfectamente y la correspondencia con Cagliari se habia ya establecida por esta vía eléctrica. Tiene el cable 162 millas de longitud: contiene seis hilos conductores y pesa 1,250 toneladas. Las personas interesadas en la empresa consideran, como dice el *Times*, la colocación del cable como el principio de una línea que debe llegar hasta la India y la Australia pasando por Malta.

—Desde el año de 1844, época en que se inauguró en el territorio francés el establecimiento de la línea electro-telegráfica de París á Rouen hasta mediados de diciembre del año próximo pasado, la longitud total de las líneas de este sistema de comunicación abiertas al público, ha sido de 9,180 kilómetros, de los cuales 4,500 siguen la dirección de los ferro-carriles y los restantes han sido establecidos sobre los caminos ordinarios.

Micas. El rendimiento de las minas auríferas de California aventaja con mucho en el presente año al de los anteriores, segun carta recientes recibidas de San Francisco, y aun de los distritos mineros mismos.

—Mr. Deloutte, representante de la sociedad que explota las minas de Kaf-Oum Thebul que se hallan no muy distantes de Túnez, ha depositado, segun el *Moniteur*, en el departamento respectivo de la Exposición universal de París, dos cajones que pesaban 750 kilogramos y contenían:

- 1.º Una copelación de plata de valor de 31,000 francos próximamente.
- 2.º Una barra de oro de valor de 10 á 12,000 francos.
- 3.º Un gran número de barras de plomo.
- 4.º Muestras de galena argentífera y aurífera.
- 5.º Tierras auríferas.

Todo ha venido de Marsella, en donde se han trabajado los minerales.

6.º Un plano que representa la mina de Oum-Thebul y el corte de los trabajos, é indica la cantidad media de oro, plata y plomo que contienen los diversos productos de dicha mina, así como las cantidades de mineral enviadas á Marsella desde hace cinco años.

Necrologías. En San Petersburgo ha muerto últimamente el presidente de la Academia de Ciencias, conde de Uwaroff, ministro que fué en otro tiempo de Instrucción Pública.

—Simon, Landamann, ó sea primer magistrado que fué del Canton de Berna, uno de los primeros promovedores de las vias férreas en Suiza, ha sido arrebatado á su patria en setiembre último, víctima de un ataque fulminante de cólera.

—De la misma enfermedad y en el propio mes ha dejado de existir en Viena el baron Rubeck de Kübau, consejero aulico y presidente del Consejo Supremo Imperial, después de haber prestado durante 55 años servicios eminentes á su patria, particularmente en el ramo financiero. Condecorado con todas las grandes cruces del imperio austriaco, fué tambien miembro honorario de la Academia de Ciencias de Viena.

—Ha fallecido en Colonia el doctor J. J. Kribben, director de la escuela de Industria en Aquisgran, y uno de los pedagogos mas distinguidos de nuestros dias.

—Vicente, Federico de Bianchi, duque de Gasalanza, consejero aulico efectivo del emperador de Austria, y uno de los generales mas beneméritos de esta monarquía, nacido en Viena en 1768, ha fenecido á fines de agosto en los baños de Rohitsch en la Estiria. A causa de su avanzada edad se habia retirado

enteramente del servicio, y vivia hace ya muchos años en su quinta de Moggiano, cerca de Treviso.

—El conde Alfredo de Schoenburg-Glauchau, hijo segundo del príncipe reinante, ha muerto del cólera en Pesth, de edad de 29 años.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1855:

V.

Después que se ha entrado en la gran galería central no se acierta á salir de ella, á pesar de las cuatro leguas que se necesita andar para recorrer el frente de todos los aparadores, anaqueles y mostradores ocupados con los objetos de unos 20,000 espó-itores. Se ha tratado de agrupar en esta sala los productos industriales de todas las naciones que han tomado parte en la Exposición, y cual sucedió en los torneos de la antigüedad, descuellan en las galerías y en la gran bóveda de cristal banderas y escudos de armas en gran mescolanza de colores, mientras que entonces para ostentación y adorno se veían por doquier agupados, lanzas, escudos y toda clase de enseñas, trofeos é instrumentos usados en aquellas fiestas belicosas; nos hallamos en esta liza tan digna de una generación ilustrada con millares de objetos industriales de todas clases imaginables, para despertar una noble emulación y competencia. Además de dichas banderas ostenta la galería central en los medios puntos que por el lado E. y O. cierran la bóveda, transparentes alegóricos que imitan los antiguos cristales de colores, con una luz de 42 metros, y estos mismos son los que al entrar en la galería cautivan primeramente la vista, dando los emblemas á la vez con los rótulos desde luego una idea coincidente con ese gran torneo de las naciones civilizadas. El rótulo del extremo E. dice: *La France convie les nations á l'exposition universelle* (La Francia convida á las naciones á la Exposición universal); y el del O.: *L'équité préside l'accroissement des échanges*. (La justicia y equidad preside al aumento de los cambios de las naciones). Las pinturas de los cristales son de Mr. Marechal de Metz, y hé aqui cómo este aventajado artista explica la idea que envuelven las figuras:

En la primera alegoría queda representada la Francia, colocada sobre un trono, en cuyas gradas están la Industria y las Artes. A la derecha se ve á la industria de Oriente simbolizada por un pastor y tres mujeres, llevando éstas en sus manos, la una un Shal de la India, la otra un jarrón de China, y la tercera aderezos y armas de la Arabia. La figura que representa á las Artes se encuentra á un lado de estas y pende asida de sus manos una lira. La Ciencia lleva un globo y se halla colocada frente á frente de las Artes.

En el centro de la segunda alegoría descuella la figura que simboliza la Justicia y Equidad, sentada igualmente sobre un trono, y de sus manos pende la balanza y atributos de fabricación, y en las gradas del mismo dánse la mano las Artes y la Industria. Sobre la derecha está personificada la Gran Bretaña con un Shal de la India, posando su mano sobre un jarrón de China, recibiendo la India en cambio una máquina de vapor, y la China... ¿acaso opio?... no, que la China asombrada y ávida dirige su mirada á un aparato de telegrafía eléctrica. El pastor de la primera alegoría vierte de un cuerno abundancia de productos manufactureros del Occidente. A la izquierda está representada la Francia cómo tiene cogida Argel de su ceñidor, y sirve de apoyo á la Arabia que recibe un telar de nueva invención. Italia, en vuelta en una gasa, tiene una batería galvanizada, cuyo alambre conductor toca en la nuestra telegrafo-eléctrica que descansa en manos de la China. La figura que representa las Artes está, como en la primera alegoría, sentada á la derecha de la principal, en ademán de dirigirse hácia las ciencias para entregarlas un emblema que lleva el rótulo: *Lo Bello*. La ciencia á su vez mira á las Artes y las ofrece una fórmula de Leibnitz, este sábio universal, con el rótulo: *La Verdad*.

El poético artista Marechal se explica acerca de su combinación alegórica en los términos siguientes:

«Al agrupar las figuras que constituyen mis alegorías de la Industria combinándolas en oriental y occidental, he tratado caracterizar su naturaleza doble, es decir, tal como por un lado nos la presenta la manufactura debida meramente al ingenio y á la fuerza muscular del hombre, y por otro la industria mecánica, que favorece tan prodijosamente el vencimiento de las fuerzas de la naturaleza. El Oriente ha continuado adherido á la industria en su primitivo ser y estado, mientras que por el contrario el Occidente ha pasado decididamente al campo de la industria mecánica.

Si por otra parte hago representar en mi combinación alegórica á la Francia é Inglaterra los papeles principales, no me han movido para ello las grandes razones que al efecto pudiera alegar, ni el espíritu de esclusivismo nacional, sino la apreciación del distinguido lugar que estas dos grandes naciones ocupan en el mundo por sus posesiones y poder en Ultramar.

El motivo de haber señalado un puesto especial á la Italia entre las naciones occidentales, estriba en un deseo íntimo de rendir homenaje á un pueblo que fué antiguo y poderoso ímo, pueblo que en tiempos mas modernos, y en nueva patria nos dió á conocer las Artes y la Industria de Roma, Florencia y Venecia, y que después de un profundo letargo de siglos y siglos nos dice haber despertado, poniendo á nuestra disposición un aparato prodigioso que al despedir la chispa eléctrica trasmite nuestros pensamientos hasta los mas apartados confines de la tierra habitada.

Al colocar los símbolos de las Artes y Ciencias al pié del trono de la Justicia y Equidad, y por otro lado al de la Francia, he querido dar á entender con esto que, tal como por una parte constituyen la gloria de las naciones, designan por otra la prosperidad que acompaña ó resulta de todo desarrollo del saber humano.

Pareciéme asimismo mas que justificado que en un lugar cuyo preferente destino es la liza de todas las industrias, se tenga á la vista la union de las Artes y Ciencias, toda vez que entre ambas constituyen una fuente abundante de riqueza y un manantial inagotable de perfeccionamiento.»

Muy poético y lleno de espresion hallarán nuestros apreciables lectores estos pensamientos, pero á la vez les repugnará como á nosotros el ver que el poeta artista haya llevado su

dualismo anglo-francés hasta el extremo de olvidar á la culta Alemania. Hasta la Italia ha encontrado su puesto, y aun el Oriente, con los turcos, chinos é hijos del Induстан tiene pará él su significación; no así el centro de Europa, ni sus vecinos de agüende de los Pirineos... Las Artes y Ciencias las vemos al pié del trono de Francia, como no menos á las del trono de la Justicia y Equidad; pero en vano buscamos en el cuadro Alegórico á la Germania, á la Iberia...

¿Participará acaso el señor Marechal en cuanto á nosotros de aquel juicio con que un célebre escritor compatriota suyo se permitió emitir al calificar á nuestra España, diciendo que: «*El Africa empieza en los Pirineos*.?...

JULIA DE BAVIER,

fundadora del asilo de párvulos en Berlín (1).

La señora de Bavier, natural de la Suiza, contrajo, siendo aun bastante jóven, matrimonio con un oficial compatriota suyo, y vivió durante largo tiempo á orillas del Rin, en íntima relación con la familia de un príncipe, en cuyo seno llegó á conocer todas las preferencias y los goces de una vida llena de placeres y comodidades.

Dotada la señora de Bavier de cualidades escelentes, se consagró con extraordinario celo al desempeño de sus deberes; pero no conociéndose aun á sí misma, quedaba todavia un hueco que llenar en su existencia.

Llegó tan importante momento. Julia Bavier enviudó; la esperanza de una grande herencia de un pariente suyo se frustró, y desprovista enteramente de medios, se vió de repente casi enteramente desamparada en país extranjero. El deseo de volver á su patria se hizo de dia en dia mas vehemente; pero sus recursos no le permitieron satisfacer tan íntimo anhelo. Quedó, pues, en Alemania con la inclinación y tendencia de buscarse en territorio alemán una esfera de acción, que en el desempeño de las incumbencias inherentes á ella hallase un lenitivo para el hondo desasosiego que agitaba á su corazón. Vino entonces el año turbulento de 1848 arrastrado por el carro de Belona, cuyas ruedas se hundieron tan hondamente en el cieno. Encontrábase á la sazón la señora de Bavier en Berlín, y hé aqui que se presentó en la sociedad un desquiciamiento y desmoralización manifiesta, y entonces fué cuando la desvalida Julia se sintió impelida del vehemente y osado deseo de consagrarse en medio del caos de aquellos dias al bien de sus semejantes.

Un camino único queda abierto, dijo ella para sí, que es la reforma de las costumbres por una educación mas cabal en los renuevos de la sociedad, empezando preferentemente con aquellos cuyos padres no se dedican como es debido al cuidado físico y moral de sus tiernos hijos; y aun cuando conociera esta filantrópica mujer que sus esfuerzos producirían efectos muy aislados, no se dejó arredrar ante esta reflexión, lisonjeándose que acaso habria quien seguiria su ejemplo. Puso pues, manos á la obra, anunciando en los periódicos de la capital de que estaba dispuesta á recibir gratuitamente en su casa, para el cuidado físico y moral á niños de corta edad desamparados por sus padres, á fin de alejarlos del camino de la perdición. El dia mismo en que apareció el anuncio, un médico le presentó un niño de siete meses, que sus desnaturalizados padres tenían en el mayor abandono, y que maltratándole le habian quebrado una piernecita.

¡Buen ensayo para poner á prueba la abnegación y generosidad de la señora de Bavier!... El cuidar de dia y de noche á un niño proletario, extraño y miserable, necesitaba una resolución especial, pero habia que principiar con algo, y su esforzado ánimo todo lo superó, y para mayor consuelo suyo conoció ya á los pocos dias que aquella criatura enfermiza y medio moribunda se reanimaba visiblemente. No tardó en tener otro, el cual fué recibido por ella con gusto y placer. Visitóla de vez en cuando el ya citado médico, y sus palabras llenas de bondad; la satisfacción de ver que los dos niños ganaban de dia en dia; la dulce complacencia de ver cumplido el cometido que ella misma se impusiera, fortalecieron su espíritu y celo, y dieron impulso á sus desvelos. Se hizo, valiéndose de medios propios, con camitas y ropas para recibir nuevos pupilos en aquella mansion de sublime caridad. No dejaba de haber personas que admiradas de tanta abnegación la auxiliasen con algunos recursos, de modo que poco á poco fué proveyéndose con todo lo mas indispensable. Cuando yo visité por vez primera á Julia Bavier, vivia en una de las calles mas alegres de la capital, ocupando una casa que aun habita en el dia, y se compone de una sala con un pequeño dormitorio y cocina. Estas tres piezas y un terrado constituyen la vivienda de la señora de Bavier, en que moraba entonces con ocho niños de cuatro á seis años de edad, una asistenta y una criada, las cuales tuvo mas tarde que despedir, quedándose otra vez sola con sus niños. Quien tiene á su presencia á la señora de Bavier con su aire distinguido, prototipo de mujer sublime, su actitud majestuosa, su traje noble y de gusto esquisito, casi no podrá comprender cómo una dama de tanta distinción, que por sus relevantes cualidades bien podria hacer las veces de aya en la corte de un rey, se consagre al cuidado de niños huérfanos y desvalidos, cómo se sujeta en fin á los trabajos de todas clases, y tenga la paciencia para someterse tan gozosa á tantas incomodidades y privaciones. Su primer cuidado de por la mañana es la limpieza de la casa, en cuya operación la ayudan los niños segun las fuerzas de cada uno, pues la señora de Bavier es gran partidaria del principio de que el trabajo y la laboriosidad honran preferentemente al hombre. Los niños se consideran muy lisonjados cuando la buena mamá les manda cualquiera cosa, y escudados del amor maternal, desarróllanse sus fuerzas bajo la influencia benéfica de este sol de caridad.

La pequeña fortuna que poseia la señora de Bavier fué en papel que salió en los años de 1848 á 1850 fuera de curso, y así después de haber dejado arreglada su casa muy modestamente, apenas le habian quedado unos cien duros, con cuya cantidad tenia que cubrir sus gastos diarios; y como viese que se iba agotando este recurso, no tuvo otro remedio que acudir á los amigos para que la socorriesen, pero no dejó de llevarse muchos chascos amargos; pues hasta hubo quien la dijo que

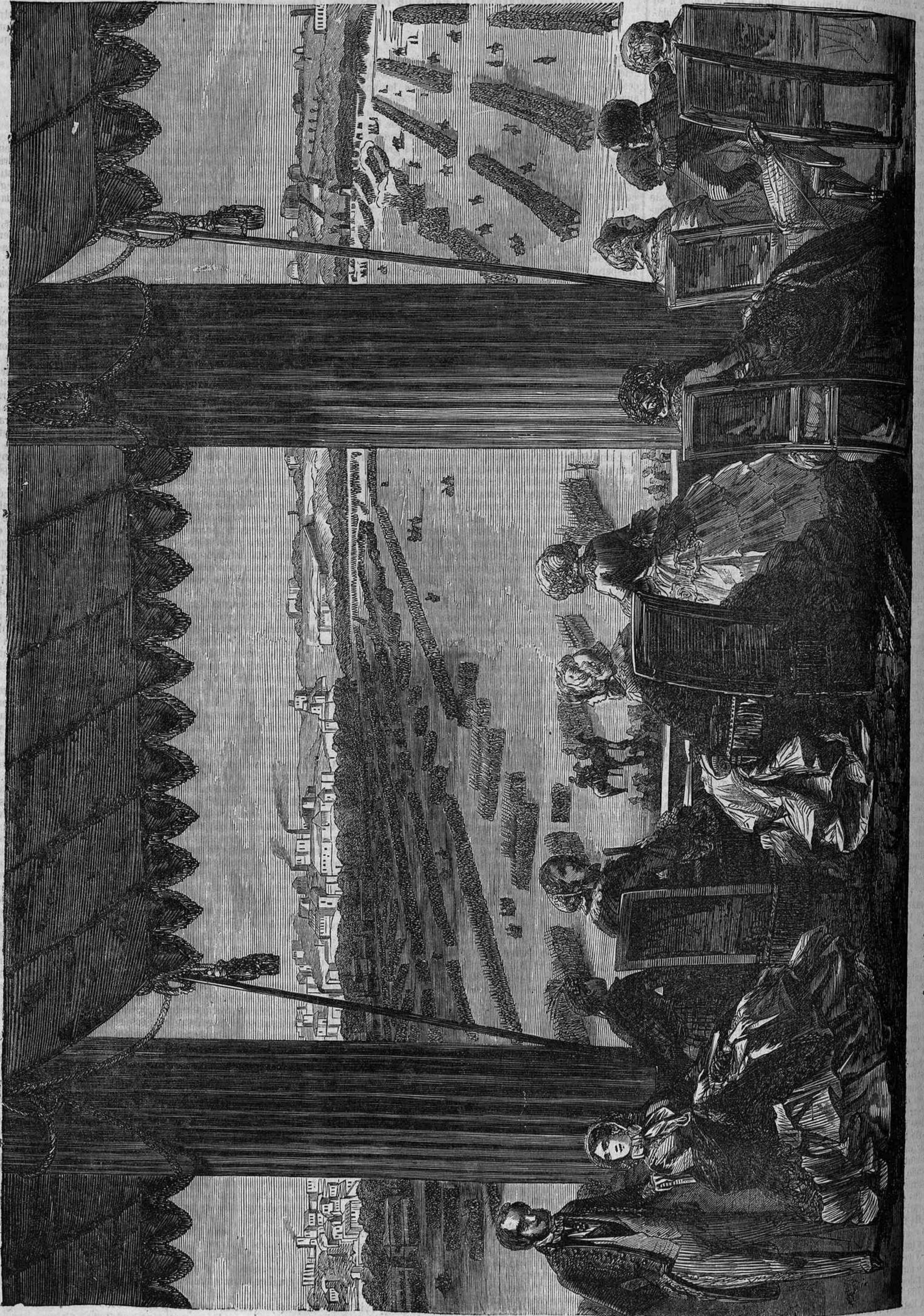
(1) Véase su retrato en el número 343.

mas valdria haber dejado morir á esas criaturas, que se las habria hecho un favor, que el mundo bastante poblado estaba, etc., etc.

Julia Bavier, si bien estas manifestaciones la afectaron íntimamente, no se dejó arredrar en buscar personas que en sen-

timientos simpatizasen con ella. Hallólas poco á poco y con ellas recursos, por medio de suscripcion, pero solo de algunos duros por año, y si la señora de Bavier pasa ahora una mirada por la lista de los suscritores que la proporcionan fondos, puede apenas creer que hay tan pocos años intermedios entre la época

de los primeros contribuyentes y de los de ahora. Con estos auxilios ampliase el instituto de la señora Bavier hasta el punto que pudo ya recoger niños de pecho, cuyas madres murieron de resultas del parto, para lo cual eligió varias nodrizas, buscadas por ella misma. Al presente tiene veinticuatro criaturas



Gran revista de tropas en los Campos de Marte, en obsequio de la Reina Victoria, dia 24 de agosto, vista desde la galería de la Escuela militar.



los
abon
us-
ras

repartidas entre diferentes nodrizas, á las cuales pasa de cuatro á cinco duros mensuales, visitándolas por la mañana muy temprano, y si no puede ella misma verificarlo, van unas amigas suyas de mucha confianza, ó las mujeres traen á los niños al establecimiento. Tan pronto como estos se hallan ya en estado de moverse por sí solos, vienen al instituto bajo la inmediata vigilancia de la señora de Bavier.

A petición suya se organizó en el invierno próximo pasado una junta de individuos esclarecidos, que hasta entonces mas la habian protegido, con el carácter de curadores del establecimiento, y el doble objeto de que en caso de faltar ella se encargasen de la administracion y dirigiesen á su sucesora.

Al principio de cada año dirige al rey y demas individuos de la familia real, á los ministros y dignatarios del reino, como así mismo á todos los bienhechores de su instituto, una memoria impresa en que, á cuenta acerca del estado en que este se halla, y aun bosqueja el carácter de cada uno de los niños acogidos. Esta memoria la escribe en las horas silenciosas de la noche, mientras que sus pequeños duermen tranquilamente al rededor de ella. Protéjela el padre celestial de toda enfermedad, pues ella no está nunca mala, y aun los niños gozan casi sin interrupcion de buena salud, debido al sumo cuidado, á la estraordinaria regularidad en la parte higiénica y al estremado aseo.

El interés que esta heroica mujer despliega, es cada dia mayor, y así se han multiplicado tambien las suscripciones, así como el número de otros bienhechores, y aun cuando no tenga todavía señoras que quieran compartir con ella el trabajo impropio á que ella se ha dedicado, se presenta de vez en cuando algun matrimonio sin hijos que quiere encargarse de la educacion de alguno de los acogidos y cuidar por su porvenir, pero con la tierna solicitud con que Julia Bavier mira á sus hijos adoptivos, solo se desprende de ellos y aun entonces con mucho sentimiento, en caso de constarla que les espera una suerte definitivamente próspera.

Cualquier estado que tiene el proyecto de reformar ó plantear de nuevo un establecimiento de niños desamparados, no puede de manera alguna hallar un modelo mas cabal que el asilo fundado por la caritativa señora de Bavier.

ANALES

DE LA

GUERRA DE ORIENTE.

LOS TRASPORTES MILITARES DEL EJÉRCITO RUSO (1).

Los gobiernos ó sean provincias de la Rusia meridional, se hallan á causa de la intermediacion del teatro de la guerra exentas del servicio de la milicia, pero en cambio tienen que sujetarse á las contribuciones estraordinarias, tanto que por ejemplo en la primavera de 1854 tuvo que facilitar un solo propietario 64 reses vacunas para las tropas que se encontraban entonces en los principados danubianos, requiriéndose al propio tiempo cinco carros con un tiro de dos caballos y un criado para cada uno, los cuales habian de permanecer á disposicion del ejército mientras durase la guerra. En el otoño del mismo año se pidieron por cada uno de los colonos medio pud (unas diez libras) de galleta para el ejército, la que habia de ser presentada al cabo de tres semanas, y mientras se preparase este pedido tuvo todo terrateniente de alguna consideracion que prestar diez carros con los caballos y criados correspondientes. Todas estas requisiciones se verificaron justamente durante la recoleccion de las mieses, en cuya época no bastan todos los brazos para recojer las semillas antes de presentarse el tiempo lluvioso que suele hacer los caminos enteramente intransitables. El número necesario de bueyes para el transporte del acopio de galleta correspondiente á un señorio de 1,300 colonos, ascendió á 25 yuntas, las cuales no volvan hasta después del trascurso de cuatro meses por el malísimo estado de los caminos. Algo mas tarde en aquel mismo año requirióse otro número de cabezas vacunas para el abastecimiento del ejército, mas como aquel mismo propietario tuviese tanta yunta en camino para el transporte de los repuestos de galleta y que á la vez reinaba la epizootia entre el ganado que habia aun disponible, remitió en su defecto á la autoridad respectiva la suma de 600 duros. Por mas onerosas que fuesen aquellas cargas, no eran nada en comparacion de las requisiciones á que se vieron sujetos los pueblos de tránsito, pues estos fueron totalmente esquilados y casi reducidos á la miseria con tantas exacciones, servicio de bagajes, etc.

No menos graves eran los padecimientos de las tropas cuando en la rigurosa estacion tenian que ejecutar marchas. La estraordinaria severidad y disciplina en el ejército ruso, se hace tambien estensiva al servicio de los transportes militares: así es que nadie absolutamente puede un solo instante separarse de su respectivo puesto, ni alejarse en momentos de descanso fuera del cordon que marca la linea de patrullas establecida al efecto. Los convoyes de carros marchan muy lentamente, de manera que este servicio es por demás fastidioso, y lo es tanto mas, por cuanto el país es estraordinariamente triste por su monotonía. Redúcese la vegetacion á jungos, cardos y otras plantas de su género; no se oye mas acento que el de la cigarra y otros insectos de su ralea; tampoco se encuentra un solo árbol ó caverna para guarecerse contra el sol abrasador que seca todas las fuentes del país, y dado que los soldados llegan á cualquier punto de Anapa tienen que contentarse con agua estancada y salobre para apagar la sed, y si quieren descansar de la fatiga pasada aquel dia, vienen á mortificarlos miles de mosquitos. Es imposible que haya un soldado mas sufrido que el ruso.

VISITA DE LA REINA VICTORIA EN FRANCIA.

Toda vez que el reciente viaje de la reina de la Gran Bretaña á la capital del vecino imperio forma un episodio especial en la historia de nuestros dias, es preciso ampliemos en las páginas de nuestro periódico los datos respectivos, scmeramente

(1) Véase la lámina en el número 345.

mente narrados por la crónica de los diarios políticos, y después de haber ya presentado al lector en los dos números anteriores varias láminas relativas á esto.

Aun después de haber verificado Napoleon III su visita á Inglaterra, y constar que fué recibido por el pueblo inglés, de suyo por demás grave y circunspecto, con un entusiasmo que rayaba en locura, hubo todavía quien dudase en la sincera amistad entre la Francia y la Gran Bretaña. Falta, falta aun; dijeron estos incrédulos el que la reina Victoria pague esta visita, pues presumieron, adheridos á la etiqueta, que en el siglo XIX puede ser ya calificada como una ridiculez, que la soberana de Old, Inglaterra, hallará muy bien un medio adecuado para evitar el compromiso; pero la reina fué mas discreta que aquellos miopes. Tal como la inmensa mayoría de los habitantes del continente, conoce ella que Inglaterra y Francia han de permanecer unidas para su propia prosperidad; han de marchar mano en mano ambas naciones si Europa ha de llevar á cabo frente á frente de las miras del Oriente ambicioso, su cometido de difundir la civilizacion y aumentar la libertad de los pueblos. No tendrán éxito á buen seguro los esfuerzos quiméricos puestos en accion por ciertas gentes para escitar el antiguo odio entre Francia é Inglaterra; esto lo ha evidenciado la acogida que encontró Napoleon III en Inglaterra, y á la vez el recibimiento de la reina Victoria en Francia. Ambas naciones están persuadidas de que es de todo punto forzoso el olvidar lo pasado y de no medirla con la escala de la actualidad, y aun mucho menos con la del porvenir. La visita de la reina de la Gran Bretaña ha afianzado la armonía entre las dos naciones para largo tiempo, y pregocíjense de ello los amigos de la civilizacion! Vamos ahora á consignar los pormenores concernientes á esta visita de la reina Victoria.

El dia 18 de agosto esperaba el emperador Napoleon á la reina en Bolonia, á cuyo punto se habia dirigido con este objeto. El tiempo era magnífico, y una inmensa muchedumbre cubria la costa. Los diques y malecones del puerto estaban engalanados con banderas y gallardetes, el edificio del embarcadero del ferro-carril orientaba vidrieras que tenian semejanza con las del palacio de Windsor; y al frente del mismo elevábase la estatua de la civilizacion con la divisa: *Welcome to France!* (¡Seas bien venida en Francia!) Seria la una y media cuando ya se divisó la escuadra real; el estampido del cañon y el fuego de la fusilería despertaban los ecos; á las dos entró el yate real con la reina á su bordo en el puerto de Bolonia, y á los 15 minutos saltó á tierra. Habia salido á su encuentro el emperador, y al abrazarla en la escalera del puerto multiplicáronse los vivas de los circunstantes. En el camino que conducia al embarcadero del camino de hierro estaban tendidas las compañías de preferencia de los regimientos que constituian los campamentos de Bolonia y Saint Omer, y desde su carruaje pudo la reina distinguir un ejército de 40,000 hombres en perfecta formacion y escuchar sus entusiastas vivas. Sobre las dos y media púsose el tren en movimiento con direccion á París, adonde llegó á las siete y media.

La entrada de la reina en París ofreció un espectáculo que apenas es posible describir. Ya desde por la mañana circulaban por los bulevares millares y millares de forasteros mezclados con los habitantes de la capital.

En donde la aglomeracion de gente fué sobre todo estraordinaria, ha sido en el bulevar de Strasburgo, y en el embarcadero del camino de hierro del Este, magníficamente adornado, en donde no muy distante del punto de parada del régio tren, habia una estrada, ó cámara, engalanada de ojarrasca y flores; el andén estaba colgado de tapices, y de terciopelo carmesí la balaustrada del primer piso. Sobre la arcada del centro descollaba un escudo disforme con las armas de la Gran Bretaña, los demás intercolumnios y columnas, os estaban las armas de la ciudad de Francia, trofeos, guirnaldas, águilas y monogramas de la reina Victoria. En donde quiera ondeaban banderas y estandartes franceses é ingleses. La plazuela de la salida habia sido convertida en un bosque de naranjos, y en ambos lados de la puerta de hierro elevábanse dos castas de flores de estraordinarias dimensiones. Los bulevares en toda su estension, la calle Real, los paseos y toda la parte de Bolonia por donde venia el festejo, ofrecieron un aspecto encantador. Los balcones, las ventanas y terrados estaban enteramente cubiertos de elegantes damas y caballeros, y lo propio los tablados, tinglados y balaustrados improvisados en todos los puntos que al efecto quedaron disponibles. De quiera veíanse tremolar en preciosas astas al estilo de Venecia, banderas, pendones, gallardetes; de quiera saltaban á la vista inscripciones con saludos de bienvenida en idioma inglés, un cúmulo de emblemas etc. etc. En los bulevares de Saint-Martin y Bonne Nouvelle, en la esquina de la calle de Recheliu etc., habia banderas verdaderamente gigantes, columnas simbólicas, trofeos y alegorias de todas clases. La empresa del teatro de la Grande Opera habia erijido un magnífico arco triunfal, y la de la Opera Cómica, una columna suntuosa con escudos de armas y banderas. Todos los grandes balcones y casas de reunion pública estaban ricamente colgados.

A las dos de la tarde habian quedado cerradas todas las tiendas, y enteramente desiertos los mercados, y nuevas masas de gentes vinieron á poblar las calles de la carrera, que ya estaban tan encumbradas de una muchedumbre de curiosos, que parecia que nadie hallaba ya sitio en donde colocarse. Las numerosísimas corporaciones de París y pueblos de los contornos vinieron con sus banderas respectivas á colocarse presurosos al sitio que de antemano les habia sido señalado. Las tropas del ejército y la guardia nacional, formaban de dos en fondo la carrera, ocupando las primeras la izquierda, y la última la derecha, ascendiendo toda la estension de la linea, desde el embarcadero del camino de hierro hasta el palacio de Saint Cloud, unos 14 kilómetros.

A las seis de la tarde llegó á dicho embarcadero el príncipe Napoleon, en donde ya se encontraba el mariscal Magnan, ministro de la Guerra y los prefectos. Una muchedumbre de elegantísimas damas, llenaba los palcos y galerías destinadas para ellas. A las siete se iluminó el edificio despidiendo el interior de los salones un gran raudal de luz. A las siete y cuarto anunció finalmente una salva de 21 cañonazos la llegada de la régia comitiva. La reina Victoria fué saludada con las mas estrepitosas aclamaciones y el general Lawoestine, comandante general de la guardia nacional puso en sus manos, en nombre del noveno batallon de la guardia nacional, que daba allí el servicio, un magnífico ramillete de flores.

Hé aquí el órden en que iba el festejo al marcharse para el palacio de Saint Cloud, y ocupó la reina Victoria durante su permanencia en París.

Una mitad de la magnífica guardia municipal de caballería con sus preciosos cascos de cola de caballo, detrás varias secciones de guías con sus grandes gorras de pelo, y uniformes llenos de bonita cordonadura.

En seguida venia la reina Victoria, ocupando el asiento preferente de una carretela á la *Daumont*, descubierta y tirada por cuatro caballos; á la izquierda de la princesa real y en de feldmariscal, dando la derecha al emperador vestido de teniente general; al estribo derecho cabalgaba el mariscal Mag-carruaje iban el príncipe Wales, el príncipe Napoleon, lord Cowley, ocupando los demas carruajes la servidumbre de la reina; para cerrar la marcha iba como al principio una seccion de la guardia municipal de caballería. A la salida del embarcadero del camino de hierro habia una diputacion de alumnos de la escuela politécnica, de los cuales habia muerto alguno de un lazo de crespon negro. La comitiva iba bastante despacio y la reina saludaba constantemente al pueblo, el cual en todos los tras que las bandas de música de los regimientos entonaban el *God save the Queen*.

Vestia la reina Victoria un traje de seda de color azul claro cerrado hasta el cuello, un canesú bordado de armiro y un sombrero blanco; su hija un vestido verde y un sombrero de paja con cintas verdes. El príncipe de Wales llevaba una chaqueta negra con cuello blanco doblado y gorra negra.

Háse calculado que el número total de concurrentes ascendió á unas 800,000 almas; 50,000 hombres de tropa y 85,000 guardias nacionales, y á unos 150,000 los espectadores que habian alquilado puestos en ventanas, balcones, tablados etc., de la carrera, y contando por cada puesto solo diez francos, resulta la suma de un millon y medio de francos. En el hotel Osmond, costaba un sitio de ventana de 20 á 30 francos; en el bulevar de Strasburgo se pagó por término medio 15 francos, y muchos balcones habian sido arrendados en la cantidad de 300 á 500 francos. Los cinco ó seis restaurants (*fondas*) del bulevar de los Italianos habian alquilado cada mesa junto á las ventanas del establecimiento hasta en 400 francos, sin contar las comidas que fueron pagadas separadamente y á precios muy subido.

Luego que el manto de la noche comenzaba á cubrir á la capital, quedó como por ensalmo toda la carrera brillantemente iluminada, y á las nueve menos cuarto anunció el cañon la llegada de la reina á Saint Cloud, en donde al pie de la escalera del palacio (1) la esperaban la emperatriz acompañada de la princesa Matilde, de las damas y de los empleados del servicio ordinario de SS. MM., los altos funcionarios de la Corona, el ministro de Estado y de la casa del emperador, y el ministro de Negocios Estrañeros, así como de las damas y empleados destinados al servicio de la reina Victoria.

Luego que la comitiva subió la escalera y penetró en los aposentos régios, el emperador presentó á la reina Victoria á los ministros y altos dignatarios de su casa y corte. A las nueve y media se dirigieron SS. MM. á la galería de Diana, donde se hallaba servida la comida, y terminada, volvieron á sus aposentos, en los que permanecieron hasta las once.

Dejaremos ahora descansar á los augustos huéspedes, y á la vez tambien á nuestros apreciables lectores, proponiéndonos continuar en nuestro próximo número esta interesante reseña.

EL ULTIMO DISCIPLINANTE.

RECUERDO DE 1848.

Continuacion.)

Si este grupo se movia, un rayo de luz que cruzaba por entre las dos cabezas iba á iluminar una fila de espectadores. Los hombres deslumbrados retrocedian, las mujeres volvan la cabeza y los niños se refugiaban en sus faldas. Entonces se distinguian los curiosos amontonados en los pesebres, subidos en las carretas, ó pendientes de algunas cuerdas con los pies en las paredes. Algunos jóvenes montados al revés en sus mulos, jugaban con la cola de sus cabalgaduras.

—¡Apiaados de mí, ¡Dios mio! exclamaba el disciplinante; y en seguida se tendió en el suelo como una victima resignada. Yo vi que tenia los brazos estendidos en forma de cruz, y le oí murmurar, como á Miguel el dia de su matrimonio.

—¡Herid, ya estoy dispuesto!

Pero esta vez no se trataba de una blanda flagelacion, de un graioso simulacro de vapuleo. La tímida Susana con su mimbre delgado, era reemplazada por Juana Sidobre, armada con una terrible disciplina. Una santa cólera agitaba los labios de la madre Disciplina.

—¡Hombre, quién sois, dijo ésta, y qué es lo que queréis?

—¡Soy el cordero de Dios, dispuesto á espíar los pecados del mundo.

—¡Alegraos, pues, porque aquí veis las tijeras que esquilan al cordero! el cuño que marca la moneda, el azote que desata la gabilla, la piedra que muele el grano!

—¡P edra aplástame, azote desátame, tijeras esquiládelme! gritó el disciplinante con salvaje entusiasmo; ¡y tú cuño del Señor, golpea este vil metal é imprímeme tu sello.

El disciplinante descubrió sus espaldas, y la zurriaga dejó sin color del primer golpe el cuerpo descarnado del paciente.

—¡Ah! ¡jalabado sea Dios! murmuró dulcemente una voz quejumbrosa, y el disciplinante se incorporó triunfante como si hubiera visto el cielo abierto.

—¡Mas fuerte! ¡mas fuerte!

Los golpes redoblaron con increíble violencia. Nada faltaba al sacrificio humano; el entusiasmo de la sacerdotisa igualaba al de la victima. En esta terrible escena de espíacion, el verdugo creía que se santificaba al par del mártir.

—¡Pequé! ¡pequé! exclamaba el disciplinante, haciendo en nombre de los asistentes una especie de confesion general.

(1) Véase la lámina respectiva en el núm. 344, pág. 389.

—¡Perezca la carne pecadora! respondía Juana descargando sin piedad.
—¡He mentido! ¡he jurado! ¡he robado! he asesinado!... ¡He cometido todo género de crímenes, y merezco la muerte eterna!

—Sufrir, pues, el purgatorio de este mundo, para no sufrir el infierno en el otro.
—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa.

—De rodillas, pecador, de rodillas!
Y Juana Sidobre azotaba sin cesar, como si cada palabra le prestara nueva energía. La asamblea miraba atenta, aunque menos turbada por el espectáculo que los animales cuyas sombras se veían detrás de ella. Un rumor de inquietud y espanto se sentía en los peselres. Los bueyes se levantaban, alargaban el cuello, respiraban con fuerza y se dejaban caer. Los mulos se removían bajo sus ginetes. Los carneros se agitaban en la paja, y balaban. El aire era denso, la disciplina había derramado algunas luces. Todo tomaba para mí un aspecto fantasmagórico.

La cabeza del disciplinante estaba exaltada hasta el delirio. Unas veces levantaba los brazos al cielo, y se ponía en pié; otras se dejaba caer como una bestia de carga abrumada por la fatiga; á veces ensanchaba bruscamente el círculo en donde estaba encerrado con la madre Disciplina. Palabras amenazadoras y proféticas salían entónces de sus pulmones de hierro.

—¡Maldito el pecador impenitente! ¡Malditos los señores de la tierra que abusan de su poder! ¡Malditos los hijos de Achab que usurpan la viña de los hijos de Naboth! ¡Malditos los ricos que devoran los bienes del pobre! ¡Los poderosos serán abatidos, y los humildes exaltados; los corderos se convertirán en leones, y el castigo del impío aterrará al universo!

En este momento hervía toda la asamblea, y en medio de un concierto de maldiciones ó volar un nombre de boca en boca. El anatema profético tenía un significado luminoso para todas aquellas almas conmovidas.

—¡Si, malditos los malos ricos, maldito Ruziac! exclamaron todos aquellos lázaros fanatizados con gritos que me estremecieron.

En el rostro de Juana despuntó una sonrisa maligna, y el disciplinante, gozando en la tempestad, solo pronunció palabras oscuras é incoherentes. Con los ojos fijos y abiertos de par en par que el éxtasis agitara solo sus labios prorumpiendo en las más tiernas é clamaciones.

—¡Oh mi dulce Jesús! ¡oh Santa Virgen María! ¡delicias de los ángeles! ¡bienaventuranza de los escogidos!

Involuntariamente se me vino á la memoria aquella época en que se llamaban para divertirse ó edificarse á la hermana Rosa, la hermana Iluminada, ó la hermana Prometida. «Se desahogan valupear, dice Voltaire, sin que queden huellas al día siguiente; golpeabáseles el estómago bien defendido, bien mullido sin hacerles mal...» La idea volteriana de un disciplinante bien forrado no hizo mas que pasar por mi imaginación, porque la sangre corría después de tener las zurriaguas.

—¡ECCE HOMO! exclamó el paciente con un movimiento de orgullo místico.

—Hermano mio, debo pararme? preguntó la madre Disciplina?

—Estás cansada, hermana mia? alguna buena alma os reemplazará.

No, no, Dios me dará fuerza para concluir.

—Descargad, pues, porque la sangre que corre se mezcla con la de Nuestro Señor Jesucristo.

El salmo penitencial fué cantado en medio de los suspiros y sollozos de las mujeres apiadadas.

—¡Callareis, Magdalenas! gritó ásperamente Juana Sidobre, pero no los vieran llorar desfilando á la cocina de la venta. El disciplinante, dando pocas señales de vida, lanzaba vagos suspiros. Por fin se desmayó y se dejó caer como herido por el ruido de las felicidades celestiales. Envolviéronlo en una sábana, se lo llevaron, y la cochera recobró su aspecto ordinario. Solo dos ó tres mujeres se quedaron á enjugar la sangre derramada. Cuando se fueron, el perro de un chalan vino á lamer el lugar humedecido. Oí el silbo de un látigo, el del chalan que castigó al perro fugitivo, y perseguido por un torrente de imprecações.

Así terminó esta escena singular, cuyos incidentes me dejaron la misteriosa impresión de horror que podría sentir un niño que asistiera á una escena de magia negra.

IV.

—¡Horchata, limonada, grosella! ¿Quién quiere horchata? El negro encantamiento desapareció de mi mente con este grito. Desperté como quien sale de una pesadilla é intenta examinar la realidad de lo que lo circunda. El ventero del Crucifijo, de pié á la entrada del cuarto, con una botella lacrada debajo del brazo, me causó el efecto de un posadero fantástico.

Pero con su primera palabra volví á ver en él al verdadero Mercadie, quien me saludó con una de esas reverencias de cortesía, en que entra mas malicia que respeto.

—Dispense Vd. me dijo, mi chanza. Es un recuerdo de la época en que yo fuí á París, y como asistí alguna vez al teatro, no he olvidado lo que se gritaba entónces en ellos (1). Pero tranquilícese Vd., no traigo horchata ni limonada. Traigo, digo contoneándose, un jarabe milagroso que facilita la conserción de los tartamudos, dá el habla á los que no la tienen, y atorpece la lengua de las mujeres: es un bálsamo sin igual que reuniria los pedazos de un hombre; en fin, es un delicioso, un terrible moscatel de la Cometa. Beba Vd., caballero, y pague.

Mercadie llenó dos vasos hasta los bordes, y me saludó ligeramente.

—A su salud de Vd., dijo, y si lo permite Vd., ¡á la salud del disciplinante!

—¡Qué lástima, añadió, que ese hombre no sea una bestia de carga ó un caballo de tiro! A puro de golpes haría doble la labor. Yo he visto en las ferias osos que trabajaban grandemente á latigazos. Pues para que lo hicieran bien, era preciso amonestarlos antes de sus ejercicios, mientras que este... (el ventero

desocupó su vaso) mientras que este no se embriagaba jamás hasta después de la función. ¡Oh! ¡gran artista y admirable penitente! ¡Ha reparado Vd. con qué gozo recibía los azotes?

—Sí, pero ha quedado medio muerto.

—Tranquícese Vd., caballero. ¿No le he dicho á Vd. que mi moscatel hace prodigios? Apenas lo han curado, el buen peregrino se ha quitado la sábana, y se ha puesto á vender las imágenes del *Ecce Homo*. Está Vd. seguro que no le quedará una. ¿Qué hará del producto? Pagará misas, á lo que se dice, para sacar ánimas del purgatorio. Así lo afirma la madre Disciplina, y por mi parte no me atrevería á negarlo, por mas que á veces caigo en la tentación. Todo es posible en esas gentes. Sus ideas no son las mías, y cuando se les pregunta de dónde vienen, á dónde van, como se llaman, y cómo viven, con un gesto lo esplican todo: señalan el cielo y vuelven la espalda. Para hacerlos hablar es preciso azotarlos; de otra manera, son tan mudos como las piedras. En la montaña todo les sale bien porque pasan por santos. En la llanura los tienen por rateros, y se les recibe con el horquillo. Yo que vivo en la montaña y soy de la llanura, digo que están locos, ¡y Dios quiera que no presenciemos esta noche algun acto de locura!

El ventero meneó la cabeza como quien presiente un peligro. Cruzó dramáticamente los brazos, y me dijo con acento doloroso:

—¡Temo una gran desgracia!

Pero en aquel momento brilló en su rostro alegremente una pérfida claridad. El alma de Mercadie apareció é hizo esta declaración. «*Espero una gran desgracia*»

—¡La noche será mala, continuó el hipócrita, el peligro es inevitable!

El reflexivo Mercadie dirigia al vacío esa mirada del jugador que pretende magnetizar la fortuna.

—¡Inevitable! no, repuso madurando en su cerebro una combinación bosquejada. Si yo quisiera, tendria parte en el juego, y ganaria un talego de mil pesetas.

—Caballero, me dijo de repente, me ve Vd. vacilante: estoy á punto de hacer una buena acción que me produciría un crecido beneficio. ¿Puedo ponerme en campaña sin que inter venga la justicia?

—Interrogue Vd. su conciencia, eso no concierne á la justicia.

—En ese caso, es cosa resuelta: ¡Voy á la Couarde!

El ventero me saludó y bajó la escalera. Al cabo de algunos minutos lo sentí subir con precaución. Me cogió de la mano y me condujo por un paraje oscuro hasta la puerta cochera. Dos caballos ensillados nos aguardaban.

—Todo trabajo gana su salario, dijo sentenciosamente Mercadie. Me ha dado Vd. un dictámen, y yo le doy á Vd. esta cabalgadura para volver sin fatiga á Babastens. Quedará Vd. contento de ella, porque es un carnero con freno.—Monte Vd., añadió, y partamos. Es mi deber que no observen mi ausencia. Yo voy casi por el mismo lado que Vd.; en los Cuatro Pilares nos separaremos. Mientras estemos á la vista de la venta, deje Vd. al rocín á su paso.

Mercadie dió la señal de la partida. Los caballejos hiliputienses se pusieron en marcha. No galopaban, no trotaban; me parecía por el punto de calceta que hacían, que tenia entre las piernas un raton caballar. El sendero que seguian, encajonado entre dos pendientes, iba á dar á una especie de gruta oculta entre matorrales.

—¡Ah! estaba el disciplinante, y desde ahí lo han llevado á la venta, me dijo Mercadie al pasar por delante de ella.

A diez pasos de la gruta comenzaba un camino de herradura, que semejante á un cilindro sin fin, se enlaza alrededor de la montaña que rodea con sus anillos. Subimos silenciosos por aquellas espirales que no ofrecían mucha variedad de perspectiva. A la altura á que habíamos llegado, aparecía y desaparecía á nuestra vista la venta del Crucifijo, resplandeciente sobre un fondo negro, como la móvil luz de un faro. La pálida luna rasgaba las nubes; las estrellas centelleaban, los ecos del valle nos enviaban murmullos parecidos á los de las olas del mar lejano. Un momento resonó la ola con mas fuerza. El ventero se apoyó en los estribos, con la cabeza inclinada sobre el hombro á fin de recibir las menores vibraciones del aire.

(Continuará.)

LA FAJA VERDE.

I.

Era una hermosa noche. La atmósfera estaba serena, y la luna brillaba con todo su esplendor en el bruido jaspe y acerada mano de un reloj, que las once marcaba en aquel instante.

Nada mas pintoresco entónces que el solitario y hermoso muelle de... Poco antes una concurrencia numerosa hollaba con planta insegura y vacilante su lindo terraplen. Al confuso murmullo de sus voces y al suave crujir del roce de las sedas habia sucedido el ligero arrullo al rizar las aguas, á cuya transparencia caracoleaban los mástiles de los buques fondeados en su recinto.

Mi alma se habia afectado dulcemente por la hermosura del sitio; y mis ojos se hallaban fijos en el hermoso cuadro que formaba la espesa valla del cordelaje de los buques, dibujada en una blanca y débil niebla que á lo lejos flotaba. Arrogantes é imperceptibles á la vista se elevaban sobre ella, los altos masteleros de sobrejuanete de dos bergantines franceses. Con el suave movimiento de las olas se blandian sus palos, y yo contemplaba aquellas oscilaciones majestuosas que todos habrán advertido cuando en las aguas de una playa han visto mecerse un buque.

Todo era grande, meditado en medio de aquel silencio. Solo bajé mi vista para fijarla en la copa de uno de los bergantines en la cual se leía: *Marianne*. ¡Ah! un nombre semejante hizo un tiempo mis delicias; este recuerdo tocó alguna cuerda adormecida que al vibrar me estremeció el corazón; una lágrima á mis párpados, y creo no se hubiera desprendido á no oír cerca de mí y al mismo tiempo un suspiro. Los corazones infelices se unen por simpatía, y yo creo que no hay alguno que deje de amar al desgraciado.

Me vuelvo, y á mi izquierda, bajo un espino, advierto un bulto casi envuelto en la sombra. Me acerco algunos pasos: era una mujer, en cuyo regazo dormía un niño, que apoyaba

sus manecitas al pecho de la infeliz, en tanto que otro sentado á su lado, y reclinada su frente en el costado de la misma, gemía durmiendo.

Nada mas interesante que aquel cuadro. Una mujer, cuyas facciones, aunque desfiguradas por la espresion del dolor, eran aun hermosas, y cuyos negros ojos, lánguidos y tristes como la última mirada de un moribundo, parecían anunciar tambien la última huella de una fortuna desapiadada.

Una mujer en aquel sitio y á aquella hora llamó mi curiosidad, y me determiné á hablarla al tiempo de cruzar por frente de ella.

—¿No teneis hogar?

—Sí, señor.

—¿Y esposo?

—¡Ah! no me arranqueis recuerdos que despedazan mi alma: en este momento apenas puedo decirsi lo tengo, ó lo he perdido para siempre; pero no me obligueis á que os importune con la cansada historia de mi infortunio, ni á que os fastidie con mis lágrimas.

—¿I, lo deseo: las mias os acompañarán y tomará parte en el vuestro mi dolor.

—Pues bien, escuchad.

II.

Eran los años de 18... La aurora del mas hermoso día de verano acababa de anunciarse por la melodiosa voz de las gondolinas, que colgaban sus nidos de nuestro tejado. ¡Infausto día! tú me has engañado. Mi madre en aquel momento estaba dando á luz un niño; pero los dolores de parto fueron escésivos, y tuvo de rendirse á ellos: ambos perecieron. Antes de espirar me llamó, y estrechándome en sus brazos, me cubria de lágrimas y besos. «Hija mia, ocho veces desde que naciste; he engalanado tu cuna con las amapolas y jacintos de nuestro jardín. Mi destino me llama; nada tengo que dejarte mas que mi amor, y todo te lo llevo. Sé buena y virtuosa, y serás feliz:» y me estrechaba á su corazón, y sus labios ya frios se despegaron en mi frente al espirar.

Mi padre dobló desde aquel día sus caricias y ningun cuidado perdonó para instruirme. Me mandó á las mejores escuelas, y me hizo aprender todas las labores de necesidad y recreo que á su alcance debía tener una jóven bien educada. Para cubrir mis gastos, mi padre trabajaba incesantemente, y me prodigaba sus halagos; pero el cielo, que á mayores pruebas queria esponerme, comenzó por arrebatármelo, y le envió la muerte.

Sola y abandonada á mí misma, no sé lo que hubiera sido de mí, á no haberme recogido uno de los mas ricos comerciantes de este pueblo á quien me unia un lazo de parentesco. Yo me educaba con sus hijas, y adelantaba mi instruccion con la lectura: nada me faltaba, y yo me consideraba enteramente feliz.

III.

Presto huyó de mí la calma, y la fortuna comenzó á hacerme su juguete. Contaba 17 años cuando por primera vez fondeó en el puerto ese buque francés que veis arrullarse á nuestro frente. Fletaba á cuenta de mi primo, y su capitán y piloto frecuentaban nuestra casa. Advertí en las cariñosas atenciones de este último que yo habia llegado á inspirarle algun afecto. Sin embargo, yo le huía y mi corazón tambien le amaba. Era un bello jóven. Sus cabellos eran rubios como el primer rayo de la aurora, y bajo su frente apacible brillaban sus ojos azules y rasgados como aquellas dos luces que se aperciben en esa oscura andanada.

Afable, atento, y siempre cariñoso llegó á insinuarse en mi corazón tanto como yo en el suyo. ¡Ah! ¡cuántas veces embriagados en nuestras amorosas caricias, sin traspasar los límites de un cariño puro y sincero, nos abandonábamos en brazos de ese mismo amor que ahora nos separa.

Bajo este mismo espino, luna, ¡amiga luna! ¡cuántas veces tambien has enviado tus benéficos rayos por entre sus ramas á estrellarse en su frente blandamente apoyada en mi palpitante seno!

El estado de nuestros corazones no permitió que estuviésemos mucho tiempo separados, y el título de esposo vino á tranquilizar nuestras almas. Dos meses vivimos en la risueña calma de felicidad, mas su primera salida hube de llevarla con el mayor trabajo. Su bergantín zarpó el ancla de nuestra rada con rumbo á Londres. Aun tengo en la memoria dos endechas de despedida, que sentado en la popa entonó, acompañándose de la guitarra. El mismo las habia compuesto:

¡Oh viento! ¡viento! tarda,
No llores, no, mis velas,
Que mucho me desvelas
Si me has de separar.
Mi triste despedida
Alarga un solo instante,
Que es plácido á un amante
Su marcha retardar.
Mas sordo á mis plegarias
Con rauda movimiento
Veloz me lleva el viento,
La tierra veo huir.
Que vaya el arpa mia
Cual tímida gondóla
Al eco de esa ola
Mis cantos repetir.

IV.

Cinco meses pasaron sin que nos volviésemos á ver, y fué debido á la casualidad. Cruzaba el cabo de... á la vuelta de Cádiz, y un recio Norte lo hizo arribar y tomar este puerto. Volvímos á renovar nuestras lágrimas y nuestras promesas de eterno cariño.

Yo iba á ser madre, y ese doble sentimiento le desvelaba. Aunque su navegacion á Riga tuviese que ser larga y penosa, me prometía sin embargo volver muy luego: así el amor feliz todo lo juzga fácil... ¡risueña union! Tú sola haces soportar la vida, compañera de la esperanza. Seis meses pasaron después que yo habia dado á luz este niño que veis recostado en mis rodillas, último presente que me hizo mi fortuna y primer paso que he dado á la desgracia.

(1) Lo mismo sucede hoy. En los entreactos se vende la comedia ó el libreto de la función, los periódicos teatrales y políticos, frutas, dulces, bebidas, etc., etc.

Por entonces vino á fijarse en este pueblo una familia distinguida, el conde de... Tenia varios hijos, y yo por desgracia me he agradado á uno de ellos. Ausente mi marido, creyó sin duda no errar el resultado de sus proyectos. Varios agentes suyos secundaron su atrevimiento; pero un triste desengaño vino siempre á frustrar sus designios. ¡Pompa y oro! ¡vanos ofrecimientos! Carecia de ambicion, y el amor sincero y afectuoso que profesaba á Carlos separaba lejos de mi imaginacion el mas leve y fugaz deseo. Sin embargo, mi futura desdicha estaba trazada, y el fatal y perverso ingenio de este hombre... No quiero anticiparme: seguiré.

V.

Me acosté una noche algo antes de lo acostumbrado para buscar la tranquilidad en el sueño, porque la noche estaba horrible. Mi criada dormia siempre en su casa y yo me quedaba sola con mi hijo. Tuve miedo: el Norte silbaba horrorosamente en el cordelaje de los buques, mintiendo el furioso zumbido del mas encarnizado incendio.

Las olas, cual montañas movedizas, venian á estrellarse á lo largo de esa corpulenta muralla, y el espantoso mugido de las unas, que se confundian y arrollaban sobre las otras, formaba un sonido lúgubre y despacible, que pavorosamente aumentaba el descompasado estampido de los truenos.

La luz de este horrible cuadro la formaban las anchas fajas de los relámpagos al cruzar por delante de los cristales de mi estancia.

La idea de que mi marido tal vez entonces batallara contra tan encarnizados elementos, me hacia desear hallarme en

pañarla con mis lágrimas, porque las de un hombre compasivo son para los infelices mas dulces que el rocío para las yerbas marchitas.

Ahogó sus suspiro, secó sus mejillas con el extremo del dental, y prosiguió:

Disimuladme si os importuno con mi llanto; mas, ¿cómo quereis que le reprima al recordar el suceso fatal que le motivó? Me levanté, y al componer mi cama una cosa verde llama mi atencion: era una faja; mas creyéndola de mi marido, la puse sobre una silla. Ya habia el reloj golpeado las doce: su tardanza y mi impaciencia me atormentaban, y la idea de que habria marchado, con temor de no volverle á ver, me estremecia. Me senté con el niño en el regazo al lado de la silla donde habia colocado la faja. Su color atrajo sus miradas, y extendia sus manecitas para cogerla. Se la di, y jugueteando con ella percibi unas letras doradas sobre cenefa azul. Con ansia las miro, y leo: *Isabel á Esteban*. Al momento conocí en este nombre al hijo de... La sangre se me heló en las venas, la vista me falta y yo me desmayo.

Me hallé en los brazos de mi asistenta, que cubriéndome con sus lágrimas, sin cesar me preguntaba qué tenia.

No podia hablar: la rabia y el furor anudaban mi garganta: quisiera tener el dominio del mundo para destruirlo todo conmigo. Aquella faja se le habia olvidado, y su descuido me habia dado á la vez la certidumbre del buen éxito de su trama y el tormento de mi desdicha. Por otra parte, ¿cómo poner mi inocencia á la justa indignacion de mi marido si el tiempo y la ausencia llegaban á poner mi honor en descubierto?

¡Qué el cielo me perdone! mil veces estuve para cortar mis dias, y á no ser por este niño... ¡Ah! de qué me sirve la misera existencia á tener que arrastrarla sin honor y con man-

dirigió su última mirada, y una lágrima asomó á sus párpados. ¡Ay de mí! yo le he visto con aquella falsa esperanza con que ve el marinero un rayo de sol penetrar la nube que amagaba hundir su débil barca; pero que vuelta á oscurecerse, ellas brillar el Iris en el límpido azul del cielo, que anuncia la calma, cuando ya exánime y sin aliento á la fuerza de su dolor, espira.

—¡Oh, soy muy digna de compasion!... Lloró; al través de sus lágrimas he visto sonrosarse sus mejillas, y entonces me parecieron tan bellas como dos rosas cuando las cubren las frescas gotas del rocío. En una palabra: me parecia la *Majestad de los dolores*.

Mis párpados se humedecieron tambien, y tuve un sentimiento que jamás me habia afectado, nuevo enteramente; el de no ser rico. Entonces hubiera aliviado un tanto su desgracia; sin embargo me he olvidado de su infelicidad en cuanto puede.

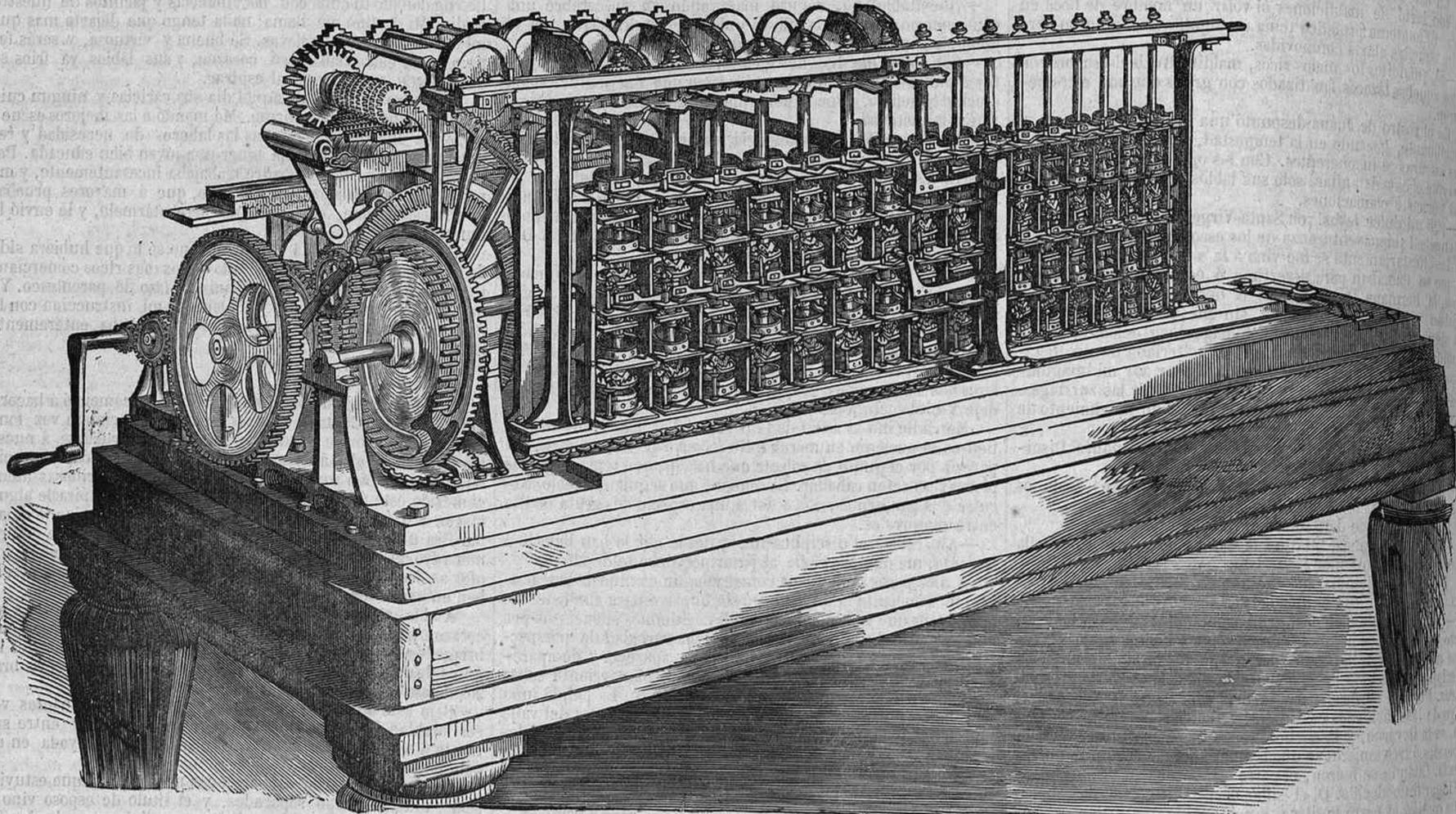
Al dia siguiente supe que me habia ocultado alguna cosa. Aquel bergantin, que estaba á nuestro frente, era el mismo de Carlos; acababa de llegar la víspera y levaba áncoras aquella noche.

Por eso le costaban tan caros á la infeliz los recuerdos de la noche antecedente.

VII.

CONCLUSION.

Pasado un momento no mas, lució por fin la aurora del siguiente dia. La costa del Cantábrico despedia de sus aguas una espesa niebla, que no dejaba á la vista mas que un reducido círculo de claridad.



Aparato para la solucion de cálculos aritméticos, invencion de los señores Jorge y Eduardo Scheutz, en Estokolmo.

aquel instante á su lado, perecer con él y sepultarme entre las olas. ¡Ah! entonces yo hubiera burlado mi desdicha.

La tempestad no cesaba, y yo cada vez temia mas. De repente oigo llamar á la puerta. No vacilo en levantarme, pues creí que tal vez un desgraciado me pediria asilo contra la tormenta. Otra vez se vuelven á repetir los golpes.

—¿Quién es? pregunto.

—Tu Carlos: abre.

Me pareció suyo el metal de voz, aunque iba á hacer año y medio que no le oyera.

Mal envuelta en mi vestido, corro precipitadamente hácia la lamparilla que ardia en mi alcoba, la cojo y apenas podia conducirme sobre mis rodillas, vacilantes por el temblor general que se habia apoderado de mí, ocasionado de la alegría. Maquinamente abrí; el viento apagó la luz al mismo tiempo, y yo me caigo en sus brazos... ¿Qué mas quereis que os diga? Aquella noche fui feliz á pesar de sus truenos horrorosos y sus relámpagos. Pocas horas, sin embargo, estuvo conmigo, pretestando tener que presentarse á bordo antes de amanecer, y dilatando hasta por la mañana la contestacion á cuantas preguntas le habia hecho sobre su larga ausencia.

¡Joven! os he contado la felicidad y los horrores de tan tremenda noche: la mas terrible mudanza que haya sufrido en los tristes dias de mi cansada vida. Esperé con impaciencia la aurora del siguiente dia: risueña amaneció, y sus rayos penetraron en mi estancia; pero... las lágrimas regaron entonces mis mejillas, bien así como las gotas del rocío se deslizan tortuosamente por los cristales de una alcoba en una mañana de verano. Los sollozos ahogaron su voz, y calló un momento. La expresion del dolor estaba en su semblante. Sus miradas lánguidas y tristes se fijaban en un punto. Yo no pude menos de acom-

cilla? No podia descansar. Si dormia, mil fantasmas veia en sueños que me seguian, me dejaban y tornaban á alcanzar. Ya me veia sola y abandonada sufriendo el peso de la indignacion de mi marido, ó ya la muerte con sonrisa amarga se tendia á mis piés ofreciéndome un pronto y dulce alivio.

Ninguna noticia tenia de mi Carlos. Trece meses pasaron después de aquella noche de infeliz memoria, y... ved en mi regazo el fruto de la seduccion. ¡Ah, jóven! ¡qué el cielo os libre de ser tan desgraciado!

VI.

Tres meses después el bergantin *Marianne*, henchidas sus velas, hendia con su proa las aguas de esa concha. Carlos, lleno de gozo, y de deseos, pisaba su cubierta, y saltó la empavesada del buque al rozar su costado del muelle. Se dirige á verme con toda la precipitacion que el deseo de abrazarme le inspiraba. Estaba hermoso aun á pesar de sus fatigas: ¡pero triste de mí!

Yo le miraba con todo aquel pesar con que uno ve la última luz del crepúsculo de un hermoso dia empañado por las primeras sombras de la noche. Se habia fijado en mi corazón uno de aquellos presentimientos que una triste verdad realiza. Me abrazó con todo el enagenamiento de su amor constante. Me habló de tormentas y naufragios; pero apenas le oia, el placer embargaba mis potencias. Cogió á Acilso en sus brazos, y le cubria de besos; mas la sorpresa se pintó en su semblante al observar en mi regazo este niño, cuya historia sabeis. Me preguntó y callé... no pude mas que llorar. La indignacion y el furor se apoderaron de él, besa otra vez á Acilso, y marcha precipitadamente. Al salir de la puerta aun nos

Un anciano marinero bogaba en una pequeña góndola hácia el sitio de la playa, donde reventaban las olas.

De repente abandona los remos, salta en las aguas, y empuja su barca hasta rozar la quilla con la arena. Las olas arrastraban á su frente un bulto sobre las guijas y el sable de la playa. El anciano se dirige á él, le coge en brazos; pero sus escasas fuerzas flaquean y se ve precisado á abandonarlo en el mismo sitio. Era una mujer como de veintidos años; sus desfiguradas facciones maceradas por las olas estaban cubiertas en aquel momento por los negros bucles de su cabellera destranzada. El anciano, cruzados los brazos, la miraba con doloroso semblante, y una lágrima rodó por sus mejillas hasta tocar las olas.

Largo rato esperó, hasta que otro hombre pasó acaso por allí.

—¡Genaro! gritó el marinero con todos sus pulmones. Genaro respondió y llegó. La sorpresa y el asombro volvieron su semblante, pudo apenas balbucear:

—¿Qué haceis?

—Honrar su memoria con los últimos obsequios de mi amistad, respondió el anciano. Esta noche al salir el bergantin *Marianne* por la boca del muelle, la he visto lanzarse desde su orilla á la popa: la faltó el apoyo de los piés, y... un sonido lúgubre, como el de un gemido zumbó sobre las aguas que se abrieron y cerraron, ondeando en derredor. Con mi esquife acudí al momento: ¡era tarde! ¡La corriente la habia arrebatado, y mis pesquisas fueron inútiles hasta ahora que la encuentro! ¡de qué medo! ¡Así le plugo á su infeliz destino!

Pasaron pocas horas. Una mujer con dos niños entraba por la ciudad de... y se dirigió á la inclusa.

J. M. MENENDEZ.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26,